



Tàpies dialoga con la Virgen de los «Consellers» en las salas de arte gótico EFE

Chillida, Tàpies y Avedon se infiltran en la colección del MNAC

► El museo se alía con la Fundación Suñol para abrazar el arte contemporáneo

DAVID MORÁN
BARCELONA

En la galería gótica del Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC) la estrella ya no es la Virgen de los «Consellers». Ahí sigue, flamante y de colorido fulgente, el retablo de Lluís Dalmau, pero parte de la atención se la lleva ahora una butaca que ha aparecido como por arte de ensalmo en medio de la sala. La butaca, claro, no es una butaca, sino una obra de Antoni Tàpies de finales de los ochenta que, confrontada a la orfebrería medieval, resalta la austeridad del informalismo. Lo mismo ocurre en las salas de arte moderno, donde Picasso y Ramon Casas comparten pared con retratos de Igor Stravinsky realizados por el fotógrafo Richard Avedon, o en las de románico, con la inquietante sombra de una silla de alambre de Jaume Xifra proyectándose sobre el ábside de Sant Climent de Taüll.

«La virgen le hace preguntas a Tàpies. Y viceversa», destaca Pepe Serra, director de un MNAC convertido en banco de pruebas por obra y gracia de «Diálogos intrusos», proyecto de infiltración y relectura que el museo ha realizado junto a la Fundación Suñol. La idea es, en apariencia, sencilla: seleccionar una veintena de obras de la colección de arte contemporáneo de la Fundación Suñol y repartirlas en diferentes puntos del museo. Una nueva apuesta por «romper las costuras» del museo y, al mismo tiempo, ofrecer una lectura contemporánea de una colección que suma más de 1.000 años de creación. «Todo es pre-

sente. Todo el mundo entra ahora en el museo, no en el siglo XI, y eso ayuda a la necesaria reinterpretación», subraya Serra.

«¿Qué ocurre con nuestra colección cuando la confrontas con la historia?», se pregunta a su vez Sergi Aguilar, director de la Fundación Suñol y comisario de la exposición. La respuesta llega pronto: lo que se tarda en entrar en la venerable sala de románico para comprobar que los ojos que lucen en sus alas los ángeles del ábside de Santa María de Aneu encuentra un reflejo casi perfecto en los ojos gelatinosos de Evru/Zush. «Los diálogos funcionan por afinidad o por contraste, y de ellos surgen una serie de preguntas que pueden interesar a públicos muy diferentes», destaca Alex Mitran, conservador de arte contemporáneo del MNAC. «No se trata simplemente de ir colocando obras aquí y allá», añade Serra sobre una intervención en la que todo tiene su razón de ser.

Ocurre, por ejemplo, con esa escultura de Chillida que, rodeada de óleos de Ribera y Zurbarán, invita al recogimiento y a la meditación; y ocurre también con la abarrotada estantería de Carmen Calvo, proyección de mentes sobrecargadas y sueños de riqueza que se exhibe en una de las salas dedicadas al ampuloso y curvilíneo mueble modernista. El juego de contrastes y diálogos va más allá e implica también la convivencia de Joan Hernández Pijuan con el intenso colorido de Joaquim Mir; la confrontación entre el «Pan tostado» de Claudio Bravo y los bodegones de Zurbarán; y el «big band» referencia de Joan Brossa, encargado de despedir este itinerario alternativo con «Capitomba», instalación alegórica sobre el dinero que, a la vera de una lámpara de Puig i Cadafalch, cierra el apartado que el MNAC dedica a la opulencia burguesa.

Nuevo discurso del Museo Naval

«Tampoco hay prestidigitación en el nuevo discurso del Museo. No vendemos leyendas, ni rosas ni negras, ni pasadas ni presentes», afirma el responsable del centro

JUAN RODRÍGUEZ
GARAT

DIRECTOR DEL
INSTITUTO DE HISTORIA
Y CULTURA NAVAL



En el mes de octubre de 1702, una flota anglo-holandesa que volvía a sus bases después de fracasar en un intento de asalto a Cádiz, destruyó en la ría de Vigo una flota de Indias. Ocultarlo sería falsear la historia y, por eso, una lámina colgada en las paredes del Museo Naval da fe de lo ocurrido. Pero más falsearía la historia reducir a ese hecho puntual los dos siglos y medio en los que la Armada mantuvo abierta la carrera de Indias, burlando la vigilancia o abriéndose paso a sangre y fuego, año tras año, a pesar de la oposición de los mejores marinos franceses, británicos u holandeses. ¿Fácil? No lo parece: entre 1780 y 1781, la escuadra de Luis de Córdova capturó dos grandes convoyes militares británicos facilitando la independencia de los EE.UU.

Otro mes de octubre, más de un siglo después, la flota británica derrotó a la franco-española en Trafalgar. Dos cuadros en nuestro Museo inmortalizan el momento. Para la propaganda de guerra del Reino Unido, entonces enfrentado a Napoleón, esa fue su «más alta ocasión que vieron los siglos». Para la Armada, un borrón en un currículum más que digno. Un borrón no atribuible a la conducta de las dotaciones, digna de encomio, sino a la inferioridad táctica de los buques de Gravina y, aún más, a la incapacidad de la nación, que entonces atravesaba una grave crisis, para poner a los buques en condiciones de combatir.

Por desgracia, son muchos los españoles que conocen una historia de la Armada escrita a medida de las necesidades de la propaganda de otros. Por eso creemos importante que se escuche también nuestra voz. No se trata solo de la defensa, sin duda legítima, del prestigio de la institución. Mucho más importante es el currículum de nuestra nación. Un currículum que fortalece el compromiso de los españoles con el permanente proyecto de futuro que es España.

No es esa España inferior la que mostramos en el Museo Naval. Ni la Armada ni España son viejas, ni fueron incapaces, ni están vencidas. No fue casualidad, como algunos sostie-

nen, el que nuestros marinos escribieran páginas importantes de la historia de la humanidad. Como es lógico, el Museo Naval recuerda y honra todas esas páginas, y más en tiempos en los que se cuestionan gestas y valores desde perspectivas extemporáneas. Pero no renunciamos a explicar al visitante que no ha llegado para la Armada el momento de vivir de las glorias pasadas. Que los caminos del mar, como en su día la carrera de Indias, siguen ofreciendo prosperidad a los españoles, y que la Armada sigue siendo garantía de su seguridad.

Tampoco hay prestidigitación en el nuevo discurso del Museo. No vendemos leyendas, ni rosas ni negras, ni pasadas ni presentes. Visítenos y encontrará en nuestras salas éxitos y fracasos, sin que nos sintamos obligados a pedir disculpas por los primeros ni buscar excusas innecesarias para justificar los segundos. Venga a vernos si

desear revivir hazañas militares, navales o científicas, sabiendo que –por eso las llamamos hazañas– solo algunas terminaron bien.

Si es polémica lo que busca, sepa que no hay lugar para ella en nuestro Museo donde, por encima de las diferentes interpretaciones que cada uno haga de la historia, prevalece, como mandan las Reales Ordenanzas, el respeto que merecen los héroes que merjaron la historia y todos aquellos que dieron su vida

por España. Sepa por último el visitante que tampoco es tristeza lo que le ofrecemos. España ganó y perdió un imperio, pero tiempo ha habido para superarlo. En pago de esa empresa de siglos, la historia nos ha dejado 600 millones de hispanohablantes. Nos ha dejado algunas lecciones que aprender e infinidad de ejemplos para encontrar un estímulo muy necesario. Nos ha dejado, sobre todo, algunas de las raíces que sostienen el frondoso árbol que es España, hoy sometido a vientos duros y racheados que amenazan la prosperidad que otros crearon para nosotros.

Decía García de Cortázar que sería bueno que España caminara por el siglo XXI a hombros de la historia. Lejos de toda polémica, el Museo Naval se honra en sugerir al visitante algunos de los hombros que, como los de Roger de Lauria, Juan Sebastián de Elcano o Álvaro de Bazán, con mayor derecho podrían contribuir a hacer realidad el sueño del historiador.

Más allá de la polémica
«Si es polémica lo que busca, sepa que no hay lugar para ella en nuestro Museo»

600 millones de hispanohablantes
«España ganó y perdió un imperio, pero tiempo ha habido para superarlo»